

**Francisco ALÍA MIRANDA, *La agonía de la República. El final de la guerra civil española (1938-1939)*, Barcelona, Crítica, 2015. 343 pp. ISBN: 978-84-9892-777-1**

El nombre de Francisco Alía forma parte del núcleo de historiadores que, con la mayor solidez metodológica y con una acendrada ecuanimidad, investigan nuestro más conflictivo pasado. Se ha especializado en la investigación de la historia de España en la primera mitad del siglo XX, fundamentalmente en la dictadura de Primo de Rivera y la guerra civil; y también en el estudio de los métodos y técnicas de la investigación histórica.

*La agonía de la República* sigue un eje cronológico principal, quedando dividida en dos partes: el declive de la República (1938) y su final (enero-abril de 1939). Dentro de la primera parte Alía señala y analiza tres ejes de la descomposición de la República: político, económico y militar. En la segunda parte del libro detalla los acontecimientos que terminaron con la República en sus últimos meses.

Con su investigación, Alía busca completar los estudios sobre el último año de la Segunda República “porque es el período que menos ha interesado a los historiadores” (p. 9), que han preferido centrarse en los primeros momentos del conflicto debido a su mayor resonancia internacional.

También plantea la intención de responder a una serie de interrogantes que especifica en la introducción de la obra: “¿Cuáles fueron las causas principales que llevaron a la República a la pérdida de una situación en principio favorable? ¿Cómo puede explicarse el declive de un régimen cuyas bases sociales se habían echado a la calle con tanto fervor en [...] 1936? ¿Por qué el presidente Negrín decidió mantenerse firme en la resistencia frente a muchas voces [...] que clamaban por la rendición?” (p. 9). La introducción de la obra nos ofrece la oportunidad de conocer las respuestas que han dado a estas preguntas especialistas reconocidos. Alía sintetiza las conclusiones de Julián Casanova, Seidman, Raymond Carr y Juan Pablo Fusi, Manuel Aguilera Povedano, Ángel Viñas y Fernando Hernández Sánchez, Stanley G. Payne, Carlos Barciela, Moradiellos, Bahamonde y Cervera, Antony Beevor y Paul Preston. La mayoría de estos autores, así como los propios dirigentes de la República, coinciden en que la derrota se debió más a los errores republicanos que a los aciertos franquistas.

En la primera parte de la obra Alía nos presenta las dificultades en que se encontraba el bando republicano al comenzar el segundo gobierno de Negrín en 1938.

En primer lugar, dificultades políticas. El PSOE, al que pertenecía Negrín, estaba dividido entre este y Largo Caballero, y sólo el PCE parecía apoyar plenamente al presidente del gobierno, por lo que se convirtió en su principal aliado para “[...] dar un cambio de rumbo total a la guerra y revolución, a partir de tres objetivos: la restauración del poder estatal,

reconfigurando el aparato administrativo del Estado; la reconstrucción de un ejército combatiente regular, con mando único y jerarquizado, obediencia y disciplina en sus filas; y la intensificación de la economía de guerra y la movilización de la retaguardia al servicio de las necesidades del frente de combate” (p. 21). Todo para lograr la mediación extranjera en una hipotética paz con Franco en la que se ofrecieran ciertas garantías para los vencidos, sin perder de vista la posibilidad de un conflicto internacional.

En segundo lugar, dificultades económicas y problemas sociales derivados de la revolución. Los primeros meses de revolución fueron cruciales pues se caracterizaron “más por la violencia [...] que por la organización de una nueva sociedad. Los primeros meses supusieron el derrumbamiento de la autoridad y el abandono de gran parte de la actividad económica” (p. 61). Esto resultó ser fatal, pues la marcha de la guerra y la pérdida de territorio sólo agravaron los problemas económicos, a pesar de que el gobierno fue tomando el control de las industrias necesarias para el esfuerzo bélico y poco a poco se fue imponiendo la idea comunista de ganar la guerra primero y hacer la revolución después. Alía afirma que las dificultades económicas de la revolución, influidas “tanto por sus problemas internos como por la negativa evolución de la guerra y las disputas políticas, fueron ahogando al régimen republicano desde los últimos meses de 1938. Y, encima, para colmo, la revolución (demasiado recatada para muchos) había asustado a los principales aliados internacionales de la República, lo que motivó que se fueran manteniendo cada vez más al margen de los acontecimientos de España” (p. 87).

En tercer lugar, el autor estudia las disputas dentro del Ejército Popular y la acción de la quinta columna como elemento que agravó los problemas del régimen republicano. En el aspecto militar, destaca la falta de motivación para ir a la guerra por parte de los movilizados forzosos, la carencia de soldados y voluntarios formados y experimentados, y la falta de preparación de los mandos. A lo que se sumó la continua disputa entre partidos y sindicatos por el control del ejército.

Después de la exposición de los problemas generales de la República, Alía hace un recorrido cronológico por los acontecimientos que precipitaron su final a partir de enero de 1939.

Detalla la batalla de Córdoba-Extremadura, en la que se vieron expuestos claramente los problemas militares antes señalados; la caída de Barcelona, tras la que los dirigentes republicanos empiezan a salir del país; y la rendición y sublevación de Menorca, que cobró especial importancia porque fue utilizada por el bando franquista como medio para tranquilizar a británicos y franceses respecto a la posibilidad de que los italianos ocupasen la isla, lo que hubiera provocado la intervención directa de Francia en el conflicto.

A principios de febrero de 1939 tuvo lugar un proceso de negociación que pudo acabar la guerra. Fracasó, pero es revelador de la situación del gobierno republicano en aquellos momentos. El telegrama del embajador en Londres no llegó a tiempo a Negrín, quien, aún así, aceptó las condiciones porque su actitud de resistencia, señala Alía, “no era tan auténtica como parecía, como muestran los diversos intentos de negociación realizados durante 1938 [...] Ni tan inflexible por presión de los comunistas. Más bien se trataba de una posición estratégica ante las negociaciones de paz” (p. 162). Sin embargo, el plazo ya había expirado y la guerra continuó su curso.

Toda esta problemática y acontecimientos desembocaron en el golpe de Estado del coronel Casado, que buscaba poner fin a la guerra y evitar más víctimas, atribuyendo la resistencia de Negrín a la influencia rusa, una idea que la quinta columna se encargó de propagar tanto como pudo. Alía afirma que para “la República, la guerra terminaba como había empezado, con un golpe de Estado [...] Con el golpe militar de julio de 1936 tenía en común el motivo esgrimido por los golpistas, el comunismo: la revolución comunista en

1936 y la influencia comunista en el Gobierno de Negrín en 1939. Miedo a la revolución comunista.” (p. 181). Tras el golpe, los dirigentes republicanos que quedaban en España huyeron del país, incluido Negrín. Sin embargo, parte de las bases y mandos militares comunistas se enfrentaron a Casado dando lugar a una pequeña guerra civil, especialmente cruenta en Madrid pero que tuvo ramificaciones por toda la zona republicana. El autor analiza la doble sublevación de Cartagena (casadistas y franquistas), la batalla de Madrid, el asalto al Palacio Rojo de Ciudad Real (antes palacio del obispado) y las negociaciones en Valencia y Alicante, que evitaron males mayores.

Finalmente, el último capítulo relata la marcha y fracaso de las nuevas negociaciones de paz entre el Consejo Nacional de Defensa de Casado y los dirigentes franquistas. A pesar de los intentos republicanos llegar a un acuerdo, Franco se mantuvo inflexible en lo ya dicho y ordenó ocupar el territorio que quedaba fiel a la República. En las principales ciudades, como Madrid, “miembros de la quinta columna habían ido tomando abiertamente las principales posiciones de la ciudad, abandonada por las autoridades de la República.” (p.246).

En las conclusiones Alía afirma que a finales de 1938 los problemas militares, el abandono internacional, etcétera, pero también el enfrentamiento abierto y público entre las organizaciones del Frente Popular, habían agotado al bando republicano. Negrín intentó formar un gobierno fuerte para unificar el régimen de nuevo, pero sólo contó con el apoyo de los comunistas, lo que al mismo tiempo le granjeó numerosos adversarios dentro y fuera del país. El autor insiste en que la resistencia de Negrín a rendirse “fue sobre todo una estrategia política y militar que intentaba poner fin a la guerra mediante la negociación con el enemigo, para lo que Negrín necesitaba de unas condiciones óptimas y fuertes para llevarla a cabo”, pero Franco “quería la victoria en el frente de batalla, una victoria aplastante que, como luego pudo verse en el régimen implantado tras la finalización de la contienda, sería la justificación de todas sus actuaciones” (p. 252).

Alía concluye finalmente que la “Segunda República dejaba de existir oficialmente el 1 de abril de 1939 como vino, casi por evolución natural. Los propios que se autoproclamaron republicanos no supieron defenderla, quizá porque era un conglomerado con tantos intereses contrapuestos y diferencias ideológicas que prefirieron ir asfixiándose poco a poco que dar un golpe de autoridad para enfrentarse a un ejército aguerrido, profesional y con una prácticamente indiscutible dirección única de la guerra” (p. 254), y que “tal vez si todos sus adversarios y enemigos [de Negrín], que tuvo muchos, hubieran mantenido una estrategia menos ambiciosa en lo individual y más de Estado en lo colectivo, la historia se podría haber escrito de otra manera” (p. 255).

Luis Gargallo Vaamonde  
Universidad de Castilla-La Mancha